

EDITORIAL

La educación en todos sus niveles, particularmente la superior de naturaleza universitaria, está jugando un papel cada vez más importante en este siglo, caracterizado como el tiempo de la globalización impulsada por los rápidos avances científicos y tecnológicos; por esta razón, la fortaleza económica de una sociedad depende cada vez más de su capital humano. La población de una nación es la depositaria de ese capital, que es decisivo para impulsar el progreso y mejorar las condiciones de vida, en especial, de los más humildes.

El nivel de conocimientos acumulados en la mente de los habitantes de un país es la garantía de su avance. Estuvo en lo cierto *The Economist* cuando, haciendo referencia al nivel educativo, afirmó en el 2014 que: *“La fortaleza de una sociedad depende principalmente de lo que está en la cabeza de las personas. Por esta razón Japón y Alemania pudieron recuperarse rápidamente a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, a pesar que sus ciudades estaban reducidas a cenizas”*.

Este siglo es el siglo del conocimiento y de la racionalidad científica y tecnológica. En suma, del saber que contribuye a acelerar el cambio de las condiciones económicas, sociales y políticas en el mundo, por esta razón podemos decir que el mundo está cambiando día tras día con la prontitud de los saberes nuevos. La innovación tecnológica, la productividad de la fuerza de trabajo, el espíritu empresarial, la armonía social y la ventaja competitiva de las naciones dependen cada vez más de la educación.

En este siglo las personas educadas y sus ideas aportan no solo a su desarrollo profesional sino también a la riqueza de las naciones. Por esta razón, la universidad como nunca antes ha sido más importante que hoy y el valor de una educación universitaria nunca fue tan elevado como en este tiempo que nos toca vivir. Las universidades son las principales proveedoras de capacitación, en una gran cantidad de nuevas especialidades que van surgiendo. Además, en los últimos años se registra un rápido crecimiento en la circulación internacional de académicos y estudiantes en todo el mundo.

El Siglo XIX fue el siglo de la escuela primaria, mientras que el siglo XX fue el siglo de la escuela secundaria, y este siglo es el siglo de la Universidad. Es en este siglo del conocimiento, en el que las personas educadas y sus ideas aportan no solo a su

desarrollo profesional sino también a la riqueza de las naciones. Por esta razón, podemos decir que la universidad nunca antes ha sido más importante que hoy y el valor de una educación universitaria nunca fue tan elevado como en este tiempo que nos toca vivir.

Las naciones ya han dejado atrás una época en la que la producción bienes y la acumulación de capital estaba basada principalmente en los recursos naturales, y ya hemos ingresado a otra era histórica, en la que el conocimiento, la creatividad y la capacidad de innovar alcanzan valores insospechados, convirtiéndose así en el nuevo capital de las personas, empresas y naciones. Además, estas nuevas fuentes de valor, a diferencia de las de antaño no se agotan al usarlas, sino por el contrario, su propio uso motiva aún más su avance y expansión. Por esta razón, el valor económico del denominado capital “humano” es hoy nada menos que cuatro veces mayor al capital físico, según las evidencias presentadas por el Banco Mundial.

En esta nueva era, las instituciones dedicadas a la creación y transmisión del conocimiento, a la investigación y la educación superior tienen ahora una mayor importancia que en el pasado. Entre estas instituciones se destaca claramente la Universidad, que es hoy la institución más importante en el proceso de acumulación del conocimiento; que no sólo alberga las ciencias básicas y aplicadas sino que también da lugar a revistas, libros y bases de datos para comunicar el conocimiento en todo el mundo. Esto es lo que ocurre con esta Revista editada por la Universidad de Belgrano.

Alieto Aldo Guadagni